

Enero 1976

Frente de Unidad Popular

Traigo el homenaje de quienes compartimos con Tomás Reyes la representación de nuestros comunes ideales en el Congreso Nacional, sea en la Cámara de Diputados o en el Senado.

Pocos terrenos más propicios para que cada cual muestre lo que verdaderamente es y vale, que la institución parlamentaria. Se equivocan quienes creen que allí solo triunfa la retórica. Lo cierto es que el debate público es solo un aspecto de la labor parlamentaria, que se realiza principalmente en el trabajo de comisiones, en reuniones de comité y aún en meras conversaciones privadas. La práctica del diálogo entre quienes discrepan, que tanta falta hace en el Chile de hoy, es el método propio de la racionalidad civilizada para encontrar la verdad y para alcanzar acuerdos.

Allí puso en evidencia Tomás Reyes muchas de sus grandes virtudes: su hombría de bien, la firmeza de sus convicciones, su modestia personal, su aptitud para comprender a los demás, su espíritu de justicia y su tenacidad constructiva.

Hombre auténtico, sencillo, directo, sin rodeos, poses ni artificios, Tomás Reyes se ganaba el aprecio y la confianza de sus interlocutores, por muy grandes que fueran las diferencias.

Era hombre de conciliación y de paz; pero se afanaba en construir las, no en el terreno blando y movedizo de la debilidad y las componendas fáciles, sino sobre la roca firme de la verdad y la justicia. Verdadero humanista, dotado de clara inteligencia y de sólida formación doctrinaria, amable en el trato con todos, siempre pronto a servir, generoso hasta el extremo, Tomás Reyes hacía cumplido honor a su condición de cristiano.

Como buen arquitecto, caidaba en todo de las formas, con una meticulosidad que a veces parecía exagerada. Era, sin duda, la impronta de la nobleza de su ser, inclinado naturalmente hacia la perfección.

Demócrata sincero, fue un decidido defensor de las atribuciones del Parlamento. Sabía que, como enseñaron Locke y Montesquieu y lo prueba la experiencia, el contrapeso de poderes es el único freno efectivo al despotismo y la mejor garantía de la libertad.

Singularmente difícil fue su actuación como Presidente del Senado. Procuró en ella conciliar la lealtad a su partido, que ejercía el gobierno, con sus deberes de preservar los fueros del Congreso y de dar garantías a todos los sectores. No siempre tuvo éxito ni fué bien comprendido en su afán de buscar fórmulas de avenimiento que facilitarían el despacho de los proyectos gubernativos.

Producido el quiebre de la República, Tomás Reyes siguió luchando por sus ideales de siempre, con la misma entereza y sin escatimar riesgos ni sacrificios, siempre pronto a servir donde pudiera necesitarsele. Ni la relegación que sufrió, ni la cerrazón del horizonte político nacional -que a tantos sume en el desaliento-, amilanaron su espíritu ni debilitaron su esperanza. La muerte lo sorprendió en plena tarea, luchando por sus ideales con renovada fe.

Tomás Reyes pudo legar a sus hijos una fortuna, si hubiera consagrado lo mejor de su vida al honesto ejercicio de su profesión de arquitecto. Sacrificó esa expectativa y su vocación profesional al imperativo superior de entregarse por entero al servicio público. Su vida es un mentís más a los que procuran justificarse hablando de la ambición de los políticos. Tomás Reyes muere pobre, pero deja a sus hijos y a las nuevas generaciones de chilenos una herencia más rica que todas las fortunas: el ejemplo inmaculado de su entrega generosa a la tarea de construir un Chile mejor.

AAA/BBB/CCC